

MORBVS ITALICVS: Aníbal, Roma y los griegos del sur de Italia

Joaquín L. Gómez-Pantoja¹

“Algo como una enfermedad contagió todas las ciudades italianas. El pueblo disentía de sus líderes: éstos favorecían a Roma, áquel buscaba pasarse a los cartagineses”.² Con estas palabras describe Livio el estado de las ciudades de la Confederación itálica después de la batalla de Cannae (216) y las causas que llevaron a muchas de ellas a preferir la alianza con Cartago. Retóricamente, la frase tiene la fuerza de las buenas definiciones: es corta, clara y precisa en su sencillez, y desde el punto de vista histórico, es una fuente antigua que tajantemente afirma que durante la Segunda Guerra Púnica, Italia se vió envuelta en un conflicto más general y profundo que la mera disputa por la supremacía en el Mediterráneo occidental. Y en general, los historiadores contemporáneos se han mostrado dispuestos a juzgar exacto el diagnóstico liviano.

Lo aceptan, por un lado, los que —basándose en el testimonio de Livio y en otra evidencia antigua que presenta a Aníbal como un político de ideas “democráticas”—,³ conciben la Segunda Guerra Púnica como el gran plan del general cartaginés para llevar la democracia a las ciudades itálicas y liberarlas del dominio oligárquico romano.⁴ [79] En palabras de Polibio, Aníbal invadió a Italia para “salvar las ciudades y al país que cada uno de ellos [los itálicos y los cartagineses] había perdido a manos de los Roma”.⁵ La teoría es original e ingeniosa, pero resulta altamente arriesgado interpolar de una actuación de Aníbal en política interior su comportamiento veinte años antes, en territorio extranjero y en medio

¹ Dpto. de Historia, Universidad de Alcalá, E-28801 Alcalá de Henares (gomez.pantoja@uah.es)

² Liv. xxiv 2.8: *Unus uelut morbus inuaserat omnes Italiae ciuitates ut plebes ab optimatibus dissentirent, senatus Romanis faueret, plebs ad Poenos rem traheret*; la cita se refiere propiamente a los acontecimientos de Crotona, pero Livio tenía en mente una situación más general. Un pasaje paralelo es xxiii.14.7, referido a Nola: *Senatus ac maxime primores eius in societate Romana cum fide perstare; plebs nouarum, ut solet, rerum atque Hannibalis tota esse metumque agrorum populationis et patiendi in obsidione multa grauiá indignaque proponere animo; neque auctores defectionis deerant*. Cf. también Liv. xxiii.2.3-4 (Capua).

³ Especialmente, las medidas 'democráticas' que tomó contra el poder elitista de los jueces de Cartago durante su sufetado en el 197/6, (Liv. xxxiii.45.6 y ss; Nep., *Hann.* 7; App., *Syr.* 4). Cf. Lenschau, *RE*, s.v. *Hannibal*, 2348-50)

⁴ El origen de esta postura son los trabajos de G. Ch. Picard, vid. p.e. *Hannibal* (París, 1967). La tesis no ha disfrutado de buena acogida entre especialistas, pero tiene también sus partidarios, vid. J.P. Brisson, *Carthage ou Rome?* (París, 1973). Las intenciones de Aníbal al invadir Italia han dado lugar a un interminable debate histórico, cf. A.D. Fitton-Brown, *Historia* 8 (1959) 365-71.

⁵ Pol. iii.77.6, en un discurso pronunciado por Aníbal ante sus prisioneros después de la batalla de Trebia. Pero esto no es más que pura propaganda, cf. R.M. Errington, *The Dawn of Empire. Rome's rise to World Power* (Ithaca, 1972) 70.

de un conflicto bélico.⁶ Por otra parte —y fuera de la afirmación de Livio sobre las simpatías pro-cartaginesas de los grupos populares itálicos—, faltan pruebas de que el general cartaginés favoreciera reformas “democráticas” en las ciudades de Italia que le abrieron sus puertas; por el contrario, los indicios apuntan a que éste, en su afán por ganarse a los itálicos, cortejó por igual a grupos 'oligárquicos' y 'populares' y que en muchos casos, fueron aquellos los que más dispuestos estaban a cooperar con los cartagineses.⁷

Fuera de esta concepción algo ingenua y altamente improbable, la afirmación liviana es popular entre los especialistas en la medida en que se conforma con la *communis opinio* de que el imperialismo romano se ejerció con la colaboración activa de las clases dirigentes de los pueblos sometidos y por eso, en épocas de crisis externa o de relajamiento del poder romano, el pueblo llano dió cauce libre a profundos sentimientos anti-romanos y se mostró favorables a cualquier potencia o grupo que desafiara la supremacía de Roma.⁸ Hay evidencia de que este comportamiento se dió, en diversos momentos, en una amplia gama de lugares, y la misma frecuencia hace aún más verosímil que algo similar pasara en las ciudades italianas durante la Guerra Anibálica. Considerese, por ejemplo, el caso de la guerra Seleúcida: según Livio, el pueblo era universalmente favorable Antíoco III mientras que sus *principes* estaban por Roma.⁹ [80] Los mismos bandos aparecen de nuevo durante la Tercera Guerra Macedónica y más ejemplos pueden encontrarse en otras partes del discurso liviano.¹⁰ La

⁶ Cf. C. Nicolet, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-27 a. de JC)*. 2/ *La génesis de un imperio* (Barcelona, 1984) 488-9 y más detalladamente en A. Huss, *Geschichte der Karthage* (Berlín, 1985).

⁷ Vid. Liv. xxiii.15.3 en que Aníbal es presentado *solicitandis nequiquam nunc plebe, nunc principibus* la entrega de Nola. También es ilustrativa la entrega de Compsa por Staius Trebius, *nobilis inter suos* (Liv. xxiii.1), la caracterización de Dasius Altinus de Arpi (Liv. xxiv.45.2-14), y la embajada sarda que llegó a Cartago en 215 *per principes missa erat, maxime eam rem moliente Hampsicora, qui tum auctoritate atque opibus longe primus erat* (xxiii.32.10).

⁸ Algunas citas al respecto de autores contemporáneos: “Esta inmunidad y protección por parte de los caballeros romanos, de que gozaban sus homólogos de Capua, indican que aquí, como por doquiera a los largo de su conquista, Roma se apoyaba en la nobleza local; la *deditio* de Capua debió de ser, en rigor, un acuerdo entre dos aristocracias inquietas por los progresos de las plebes respectivas”, J. Heurgon, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas* (Barcelona, 1971), 228. Otro caso: “In the city-states of the Mediterranean World in the Hellenic Age, class-conflict was always simmering below the surface, ready to break out if an occasion presented itself. Since at least as early as the time of the Great Atheno-Peloponensian War of 431-404 B.C. any major international conflict had been apt to turn into a class-conflict as well...[During the 2nd. Punic War] in most states the rich saw their interest in a Roman victory, while the poor saw theirs in a Carthaginian victory”, A.J. Toynbee, *Hannibal's Legacy* (London, 1965) ii.18-19. Otra: “In the Greek states Rome had tended on the whole to see her interests best represented by the conservative, property-owning classes”, R. Errington, *The Dawn of Empire* (Ithaca, 1972) 200. Finalmente otra: “It is true that under the influence of the Romans, whose general policy it was to ensure a greater stability by entrusting government to the wealthier and more responsible citizens, there was a growing tendency to lessen the power of the Assembly in favour of the Council”, D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor to the End of the Third Century after Christ* (Princeton 1951) i.114-15.

⁹ Liv. xxxv.33.1 y cf. J. Deininger, *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland 217-86 v. Chr.* (Berlin-New-York 1971) 72-3.

¹⁰ Liv. xlii.30.1-7 sobre el conflicto con Perseo. Ejemplos más antiguos: Liv. viii.11.15-16: en 341, Roma premia a 1.600 *equites* Campanos con la ciudadanía y una pensión vitalicia que deben pagar sus propios compatriotas (cf. el comentario de Heurgon en nota *supra*); Liv. x.18.8: Q. Fabio Maximo aplasta en 296 una sublevación de la plebe de los lucanios, con gran contento de sus

veracidad de esta *communis opinio*, raramente cuestionada, es de algún modo reforzada por la aparente unanimidad con la que aceptan lo mismo historiadores de “derechas”, que la consideran expresión de un fenómeno común a todas las épocas (“donde hay ricos, hay pobres”),¹¹ hasta investigadores de corte marxista para los cuales Livio no hace más que ratificar lo que ellos ya sabían desde el principio, v.g. que la lucha de clases es tan antigua como la propia Humanidad.¹²

Hay, sin embargo, quienes dudan de la historicidad de la antítesis liviana entre *plebs* y *principes*. Por un lado, algunos cuestionan su valor como análisis sociológico y desconfían de la exactitud del vocabulario; *plebs*, por ejemplo, es un término peyorativo a través del cual Livio mostró su desprecio por unas masas que, dejadas a su libre albedrío, elegirán *ut solet* el peor curso de acción posible; *principes*, *optimates* o *Senatus* no siempre indican ‘clases dirigentes’.¹³ Otros en cambio, han hecho notar que la aparición del mismo principio explicativo en tan distintos escenarios y épocas, más que validar el testimonio de Livio lo ensombrece, pues bien pudiera tratarse de un *topos* estilístico.¹⁴ Pero lo que desacredita completamente la opinión liviana son las frecuentes contradicciones, a veces inmediatas a la frase o párrafo donde se expone la tesis principal, y “tales contra-ejemplos pueden ser más fácilmente aceptados como históricos”.¹⁵

Es mi propósito examinar en este artículo la veracidad de la tesis de Livio en dos casos concretos, los de Locres y Crotona, en los que la conflictividad social es considerada por Livio como causa inmediata la defección a Aníbal. Se trata de dos ciudades geográficamente próximas, de larga tradición política independiente, y cuya defección se produjo en momentos inmediatos a Cannae. El resultado de la encuesta (que no me parece haya sido intentado antes)¹⁶ puede aportar algunas enseñanzas sobre los métodos de trabajo de Livio y sobre el valor histórico de sus generalizaciones. [81]

principes. Pero el mayor número de ejemplos se encuentran en Etruria, vid. Liv. *Per.* 16, xxxiii.36.1-3 y cf. W.V. Harris, *Rome in Etruria and Umbria* (Oxford, 1971) 83-4, 91-2, 115-18 y esp. 129-44.

¹¹ Cf. por ejemplo, M.I. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941) 610-2.

¹² Cf. G.E.M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World, from the Archaic Age to the Arab Conquests* (London, 1981), 518-37.

¹³ Vid. los comentarios de Cl. Nicolet en E. Gabba (ed.) *Polybe, Entr. sur l'Antiquité Class. de la Fondation Hardt*, XX (Geneve, 1974), 209-65.

¹⁴ Vid. E.S. Gruen, *AJAH* 1 (1976) 31.

¹⁵ Vid. *supra* nota 7. La cita es de E. Badian, *Foreign Clientelae (264-70 B.C.)* (Oxford, 1958), 147-8.

¹⁶ El espacio que se concede a este problema dentro del estudio general de la Segunda Guerra Púnica es naturalmente mínimo, cf. G. de Sanctis, *Storia dei Romani* iii.2 (Florenca 1968) 241. Podía haberse esperado que A.J. Toynbee, *Hannibal's Legacy*, ii. 20-35 lo hubiera estudiado con mayor detalle, pero sus páginas sólo dan la visión convencional de Livio, a veces con algunos errores. J. Deininger, “Die politische Widerstand der Griechen gegen Rom in Unteritalien und Sizilien”, en *Trav. du VIe Congrès Int. d'Etudes classiques (Madrid, 1974)* (París, 1976), 139-50, ha estudiado la posición de algunas ciudades de la Magna Grecia en un momento anterior a la Primera Guerra Púnica. Una de sus conclusiones es que, si bien no había unanimidad de sentimientos pro-romanos entre las clases altas, el pueblo era mayormente anti-romano, sobre lo ha de verse D. Musti, “Polibio nello Studio dell'ultimo ventennio”, *ANRW* i.2 (Berlín, 1972), 1165-6 que critica tal interpretación como no adecuada al sentido de las fuentes. Más recientemente, Ste. Croix, *The Class Struggle*, 519-20 ha retomado la discusión de los casos de Crotona y Locres, pero no añade mucho nuevo a lo dicho con anterioridad y por supuesto, tampoco señala las incongruencias internas de la tesis de Livio. [Una vez

“Desde el estrecho de Sicilia y la ciudad de Regio hasta Tarentum —cuenta Polibio (x.1.1 y ss)— hay más de 2.000 estadios..... En esa parte conviven las tribus bárbaras más numerosas con las ciudades griegas más conocidas. Allí están los brucios, los lucanos, algunas ramas de los Daunos, los Calabreses, y otras muchas tribus. Las ciudades griegas eran entre otras, Regio, Caulonia, Locres, Crotona, Metaponto, y Thurii...” Desde la capitulación de Tarento en 272 y la rendición de la guarnición romana de Regio en 270, el Sur de Italia había disfrutado de más de medio siglo de paz continua, y por ello, en el 218, las noticias de los problemas en el Norte debieron de parecer a los griegos y bárbaros que habitaban el 'pie' de Italia algo todavía muy lejano. Pronto, sin embargo, hubo reclutas que hacer, unidades militares desplegadas en la zona, y preocupación general por los familiares y amigos en campaña; aún así nada que saliera de lo normal.¹⁷ Anibal continuó avanzando hacia el Sur y con él, noticias de increíbles derrotas y rumores de cambio en el orden internacional. A mediados del verano del 216 Roma congregó en la llanura de Cannae los restos de sus tropas y las de sus aliados, dispuesta a terminar de una vez por todas con el molesto invasor. Lamentablemente, sucedió lo inesperado y el bando que entró en batalla aquel dos de Agosto como previsible vencedor terminó la jornada derrotado y con muy escasas esperanzas. En Cannae todo cambio:...”por su triunfo, los cartagineses sometieron prácticamente el resto de Italia. Los tarentinos se les pasaron inmediatamente, los de Argiripia y algunos de Capua llamaron a Anibal. Los demás miraron con respeto, todos ya, hacia los cartagineses, que confiaban en apoderarse de Roma al primer asalto. Los romanos, por su parte, debido a esta derrota, abandonaron al punto su idea de dominar a todos los italianos”...¹⁸ De forma inmediata para los griegos y sus vecinos brucios y lucanos, Cannae supuso llevar la guerra a sus mismas regiones.

Los primeros en sumarse al bando vencedor fueron los brucios y los lucanos, que debieron de ponerse en contacto con Aníbal inmediatamente después de Cannae.¹⁹ La decisión rompió el equilibrio que Roma había mantenido en la zona durante [82] los 75 años anteriores y algunas ciudades —conocemos el caso de Petelia— apelaron a la ayuda de Roma, pero se encontraron con la sorprendente recomendación de cada uno debía mirar por su propio interés; los Petelinos optaron por el camino más duro y fueron asediados durante 11 meses. Lo que no sabemos —Livio nunca lo diría— es cuantas otras ciudades de la zona pidieron también ayuda y, ante la respuesta de Roma, tomaron un curso de acción menos radical que

redactado y entregado para publicación este trabajo, tuve oportunidad de consultar el libro de J. von Ungern-Stemberg, *Capua in Zweiten punischen Krieg, Untersuchungen zum römischen Annalistik*, München, 1975, con un análisis del problema y conclusiones similares a las mías].

¹⁷ Cf. Pol. ii.24.13; iii.75.4.

¹⁸ Pol. iii. 118.2, De Sanctis, *Storia* iii.2.201 impugnó la lectura Ταραντῖνοι y prefiere leer Σαλαπῖνοι, pero véase F.W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* i (Oxford, 1957) 448. Sobre la situación de la ya rota Confederación itálica en años siguientes a Cannae, vid. el muy citado texto de Liv. xxii.61.11 y ss. (cf. De Sanctis, *Storia* iii.2.201 nota 1).

¹⁹ La unanimidad de los Brucios aceptando a Anibal es resaltada por Liv. xxiii.20.4 y Aul. Gell. 10.3.19 indica que ellos fueron el primer pueblo itálico que se pasó a a los cartaginés: esto concuerda con Liv. xxiii.11.7: *...nuntius uictoriae ad Cannae Carthaginem uenerat Mago Hamilcaris filius, non ex ipsa acie a fratre missus sed retentus aliquot dies in recipiendis ciuitatibus Bruttiorum quae deficiebant..* Los lucanos debieron seguir este ejemplo poco después.

el de los Petelinos.²⁰ La postura de los griegos vino decidida por la de sus vecinos: según Liv. xxiv.1.1 'no supuso una gran dificultad para las ciudades griegas permanecer en la alianza con Roma desde el momento en que los brucios, a los que temían y odiaban, habían elegido el campo cartaginés'.

Las causas de la animadversión no requieren muchas explicaciones. La Magna Grecia había sido desde el siglo VI el escenario de continuas luchas entre los propios griegos. La sustitución —a mediados del siglo V— de los nativos itálicos que los griegos llamaban *Oinotroi* por gentes de lengua osca y espíritu más belicoso (lucanos y brucios) no ayudó en modo alguno a fomentar la paz en la zona: los griegos emplearon a sus aguerridos vecinos como mercenarios y las luchas intestinas siguieron adelante por un siglo más. Esto produjo tal debilidad que a mediados del siglo IV, los griegos empezaron a ver en sus vecinos bárbaros una serie amenaza para su propia supervivencia. Sus esfuerzos raramente se vieron premiados manera que acabaron uniéndose para combatir sin demasiada fortuna a los bárbaros y, paradójicamente, fue la intervención de Roma la que salvó a las viejas colonias griegas de ser borradas del mapa.²¹ Por eso la retirada de Roma después de Cannae fue, a ojos de muchos griegos, el comienzo de un nuevo período de inseguridad. Y no les faltaba razón. Ejércitos cartagineses, brucios, y romanos vagaron por la región durante 10 años y hay indicios suficientes que permiten pensar que allí las actividades militares se entendieron como una refinada forma de bandidaje.²² En cualquier caso, la guerra Anibálica causó la devastación del área y dió la puntilla a las viejas ciudades griegas; algunas desaparecieron por completo, otras precisaron del refuerzo de colonias romanas, y las pocas sobrevivientes tardaron casi dos siglos en reponerse del golpe.²³ [83]

El primer choque entre las ciudades griegas y los cartagineses ocurrió poco después de la batalla de Cannae. Ya he dicho antes como Mago, el hermano de Aníbal, negoció la alianza con los brucios, mientras los griegos optaron por seguir al lado de Roma. Cuando Mago marchó a Cartago, Hanon se hizo cargo de la zona y sus primeras actividades fueron el sitio de Petelia y las campaña contra Regio; las operaciones en Petelia se prolongaron 11 meses, y los esfuerzos sobre Regio, estériles en sí, brindaron la ocasión para hacerse con Locres.²⁴

²⁰ Cf. Liv. xxiii. 20 (embajadores petelinos ante el Senado); Liv. xxiii. 30 y Athen. xii. 36 (asedio de Petelia y duración del mismo).

²¹ Cf. A.J. Toynbee, *Hannibal's legacy* ii, 15 y E.T. Salmon, *The Making of Roman Italy* (Ithaca, 1982), 15-18. Puede consultarse con provecho F. Cordano, *Fonti greche e latine per la storia dei Lucani, et Bruttii e di altre genti indigeni della Magna Grecia* (Potenza, 1972). El desprecio que los Italiatas sentían por sus vecinos bárbaros era proverbial en la Antigüedad (cf. G. Nenci, *ASNP* ser. iii 6 (1976) 719-38 y 12 (1982) 1-6) y ello, indudablemente, no contribuyó a mejorar las relaciones entre ambos grupos étnicos.

²² Nótese la descripción que Livio (xxv.1.34) hace de la tropa a las ordenes de T. Pomponius Veientanus: *tumultuarius exercitus, incondita turba agrestium seruorumque*. Vid. también xxix.5.2: la guerra en el Brucio era *latrocinium magis quam iustum bellum*.

²³ Cf. U. Kahrstedt, *Die wirtschaftliche Lage Grossgriechenlands in der Kaiserzeit* (Wiesbaden, 1960) 124; Brunt, *Italian Manpower* 277 y vid. Toynbee, *Hannibal's legacy* ii, 10-35 esp. pp. 33-35.

²⁴ Petelia: Liv. xxiii.30; duración del asedio: Pol. vii.1 apud Athen. xii.36, cf. De Sanctis, *Storia* iii.2. 665. La fecha de las operaciones cartaginesas sobre Regio y Locres no es inmediatamente aparente y discuto el problema en el Apéndice que acompaña este artículo. Regio era una importante base militar romana, cuidadosamente guarnecida para asegurar el control del Estrecho de Mesina, y

Los hechos ocurrieron del siguiente modo.²⁵ Avisados de la presencia de los cartagineses en la cercanías —las tropas de Hanon que sitiaban Regio—, los Locrenses se aprestaron a defenderse y la mayoría de la población salía diariamente a avituallarse por los alrededores, quedando sólo unas 600 personas dentro para reparar las murallas y aprestar las defensas. Sabedor de la circunstancia, Amílcar envió un destacamento de caballería con ordenes de cerrar la retirada a los que estaban fuera de los muros y, conseguido esto, mandó algunos brucios a pedir la rendición de la plaza. Los sitiados no creyeron una palabra de lo que se les decía y sólo pudo convencerlos la aparición de tropas púnicas en los alrededores y el regreso de alguno de los suyos. Una Asamblea apresuradamente convocada decidió por unanimidad la apertura de la ciudad a los cartagineses, no sin que antes se permitiese a la guarnición romana escapar por mar. El incidente casi provocó la denuncia del acuerdo de rendición: los cartagineses persiguieron sin éxito a los huidos, mientras que los Locrenses trataban de convencerlos de que ellos no habían tenido parte en la fuga. Al final, por indicación de Aníbal, se firmó un tratado: Locres mantuvo su autoridad sobre el puerto, los cartagineses gozaban de libre entrada en la ciudad, y ambas partes se comprometieron a ayudarse mutuamente tanto en paz como en caso de guerra.²⁶ [84]

El relato no deja la menor duda de que la decisión de entregar la ciudad fue tomada por unanimidad por los locrenses en una Asamblea en la que estaban representados todos los estratos sociales del lugar: Livio dice que la decisión les fue impuesta por la preocupación y el miedo que todos sentían por la suerte de los familiares y amigos que los cartagineses retenían como rehenes:²⁷ y éstos eran *permixta omnium aetatium ordinumque multitudo* (Liv. xxiv.1.4). ¿Dónde está pues, el conflicto entre *plebs* y *optimates* que, según el historiador latino subyacía detrás de cada deserción?. En uno de esos pasajes contradictorios tan característicamente suyos, Livio asegura que en este caso la deserción fue maquinada por algunos miembros de la clase alta: *Locrenses desciuere ad Bruttios Poenosque prodita*

fue asistida en esa ocasión por las tropas de Appio Claudio, el pretor de Sicilia (Liv. xxiv. 1.12). La importancia que la plaza tenía para los planes estratégicos romanos queda de manifiesto considerando que Aníbal se dirigió contra ella como un medio para aliviar la presión del sitio de Capua (211). Tan rápidos fueron sus movimientos que casi se hizo con Regio, vid. Pol.ix.7.1 y Liv. xxvi.12.2, y cf. De Sanctis, *Storia* iii.2.342; Walbank, *Commentary* ii.127. Aunque los Reginos pudieron tener los mismos sentimientos y problemas que sus vecinos de Locri o Tarento, es dudoso que la guarnición romana le permitiese manifestarlos y por ello *Regini tantummodo regionis eius et in fide erga Romanos et potestatis suae ad ultimum mansuerunt* (Liv. xxiii.30.9).

²⁵ Aunque, a diferencia de los libros iniciales y finales de la Tercera Década liviana, la dependencia de Polibio no es clara a partir del libro xxiii, es generalmente admitido desde antiguo que los cap. 1-3 del libro xxiv proceden de Polibio o de un resumen directo de la obra polibiana, cf. G. Michael, *De ratione qua Livius in tertia decada opere Polybiano usus sit* (Bonn, 1867) 26 ss.; De Sanctis, *Storia* iii.2.342-51; H. Tränkle, *Livius und Polybios* (Basilea 1977), 193-5. La riqueza de detalles sobre los sucesos de Locres y la descripción topográfica de Crotona son indicios de que efectivamente nos encontramos ante un derivativo de la narración polibiana: el historiador griego siempre mostró gran interés por Locres (Pol. xii.5) y probablemente tuviera oportunidad de consultar directamente los archivos locales tanto de esa ciudad como de Crotona (cf. Pol. iii.38.18) y, atento siempre a cuestiones de gobierno, debieron de llamarle la atención los sucesos de este lugar.

²⁶ Liv. xxiv 1.2-13 y cf. xxiii.30.8 y xxix 17, 1 y ss.

²⁷ Liv. xxiv 1.7-8: *...aduocataque extemplo contione, cum et leuissimus quisque nouas res nouam societatem mallent et, quorum propinqui extra urbem interclusi ab hostibus erant, uelut obsidibus datis pigneratos haberent animos, pauci magis taciti probarent constantem fidem quam popalam tueri auderent, haud dubio in speciem consensu fit ad Poenos deditio.*

multitudine a principibus (Liv. xxiii.30.8). Y en efecto, recordando lo que sucedió en otros lugares de Italia, un complot semejante entra dentro de lo posible.²⁸ Más aún, lo que pasó en el 205 cuando Escipión entró en la ciudad, demuestra que los cartagineses contaban con simpatizantes de buena posición económica. El general romano condenó a muerte a los responsables de la traición y repartió sus propiedades “entre los amigos de Roma”.²⁹

Pero dudo mucho que la explicación de Livio puede tomarse en serio si se tiene en cuenta el modo en que Amílcar forzó la rendición de la ciudad. El procedimiento puede calificarse con exactitud como un chantaje y su misma rudeza descarta la existencia de una quinta-columna preparada para entregar la plaza desde dentro —algo que sí sucedió en otros lugares.³⁰ Nótese de otro lado, como aún forzados por la violenta situación, los ciudadanos de Locres se comportaron con una sorprendente neutralidad. El miedo por el bienestar de familiares y amigos les obligó a aceptar las demandas púnicas pero ello no fue obstáculo para que ayudasen a escapar a la guarnición romana, a pesar de que la acción les supuso tales contrariedades que uno sospecha si la entrega de los soldados romanos no fue una de las condiciones del acuerdo. Son pues, bastantes los indicios que descartan la existencia en Locres de un complot para rendir la ciudad a los cartagineses.

Veamos ahora si hay evidencias que prueben que los *optimates* locrenses sintiesen una especial predilección hacia Cartago. Por la forma en que Livio describe los grupos presentes en la Asamblea de Locres, es claro que existía un sector minoritario pro-romano que *taciti probarent coconstantem fidem*, y uno está inclinado a considerar los *leuissimi quique* como los partidarios de Cartago —o al menos no simpatizantes con Roma. En cualquier caso, la propia decisión de la Asamblea demuestra que ninguno de estos grupos ejerció suficiente influencia sobre sus conciudadanos, y si hay que aceptar la existencia de algún tipo de presión, parece más bien que fue el grupo pro-romano el que la hizo.³¹ Estos grupos, sin embargo, si debieron hacer notar su influjo durante la época de hegemonía cartaginesa, y nada tiene de extraño que la tensión externa torna[85]se agria en algunos momentos la lucha política.³² Ya hemos visto como efectivamente había gente de buena posición económica en el bando pro-cartaginés, y algo semejante puede decirse del otro lado. En el 205 exiliados locrenses, *principes pulsi ab adversa factione* en palabras de Livio, residían en Regio y jugaron una parte importante en la recuperación romana de la ciudad; y otro grupo de exiliados estaba también por esas fechas en Siracusa y sus integrantes eran miembros de la corte de Escipión.³³ Tal dato descarta por completo que la división entre los simpatizantes de Cartago y Roma fuera paralela a las divisiones sociales, y demuestra patentemente que algunos *optimates* locrenses eran favorables a Roma mientras que otros gobernaron Locres bajo tutela cartaginesa.

Aceptar la idea de que Locres cayó a consecuencia de sus disensiones internas supone además, ignorar una importante dimensión del problema: la referente a las necesidades estratégicas de los cartagineses en aquel momento. Polibio, más atento que Livio a los aspectos prácticos del ejercicio del poder consideró esencial hacer notar a sus lectores el

²⁸ Vid. *supra* nota 6.

²⁹ Liv. xxxix.8.1 y ss. y cf. xxix 17.1.

³⁰ Crotona: Liv. xxiv.2.9-11; Tarento: xxiv.13.3; Pol. vii.26.1-3; Nola: Liv. xxiii.16.3.

³¹ Negociando por ejemplo, con su silencio el escape de la guarnición romana.

³² Nótese por ejemplo, la exposición de la embajada locrense que acude a Roma en 205 para quejarse ante el Senado de los desmanes de Plemininus, Liv. xxix.17.5, aunque tal queja puede estar amplificadas para contrastar con la conducta de Plemininus, cf. A. Ziolkowski, *Eos* 70 (1982) 319-29.

³³ Liv. xxix.6.5 y 8.

desequilibrio de fuerzas que había entre el minúsculo ejército con que Aníbal invadió Italia y el potencial demográfico a disposición de Roma. Aníbal cruzó el Ródano con unos 46.000 soldados, de los que sólo la mitad pisaron la Cisalpina. En años sucesivos, aún vencedores, la mengua de efectivos fue cada vez más notable, ya que no había modo de obtener nuevas reclutas — aún a pesar de la entusiasta colaboración de los Galos.³⁴ Por contraste, Polibio resalta (ii.24 y ss.) lo que a ojos antiguos eran los inmensos recursos humanos de Roma que en el 225 sumaban unos 750.000 hombres hábiles para la lucha. El plan que Aníbal ideó para compensar tal desproporción no requiere mayor comentario: militarmente, un ejército pequeño, maniobrero, bien adiestrado en la cooperación entre infantería y caballería, y un brillante y bien coordinado empleo de la táctica griega de contener al enemigo por un lado mientras se le golpea por el otro; estratégicamente, usar las victorias militares para inteponerse como una cuña entre Roma y la Confederación itálica y, con la esperanza de un nuevo orden internacional, convertir los disidentes en aliados de Cartago. Hasta Cannae, el plan de Aníbal se había cumplido en lo militar pero no podía decirse lo mismo de la otra parte y sus necesidades de hombres y suministros iban tornándose crecientemente desesperadas.³⁵ Si la ayuda no se conseguía en Italia, Cartago debería enviarla. A este fin fue despachado Mago con [86] urgentes requerimientos y el Senado cartaginés, entusiasmado por las buenas nuevas, votó el envío de tropas, elefantes y dinero (Liv.xxiii.11.7-13.8). Desde el punto de vista práctico, los refuerzos contaban como nada mientras no estuvieran en Italia y conseguir esto requería hacerse con un punto de desembarco y burlar la superioridad naval romana.³⁶

La búsqueda de un puerto se convirtió en uno de los objetivos primordiales de la estrategia anibálica después de Cannae. Poco después de la batalla, Aníbal intentó hacerse con Nápoles lo que le permitiría —indica Livio xxiii.1.5— “tener una ciudad marítima”. La operación falló porque la ciudad estaba amurallada y sobreaviso, y urgía moverse hacia Capua. Recibida la alianza de Capua, volvió el cartaginés a repetir inútilmente la maniobra sobre Nápoles (Liv. xxiii.14.5). Hubo todavía un tercer intento pero para entonces una guarnición romana reforzaba la ciudad y Aníbal debió pensar que la oportunidad de ganar Nápoles se había perdido.³⁷ Algo más tarde, ya en el 215, miembros del Consejo de Aníbal se

³⁴ Cruzaron el Ródano 38.000 infantes, 8.000 jinetes y 36 elefantes (Pol. iii.60.5) pero sólo llegaron a Italia unos 20.000 infantes y 6.000 jinetes (Pol. iii.56.4). Las cifras de Polibio deben ser preferidas a las que transmiten las fuentes romanas, que parecen sospechosas de exageración (cf. Liv. xxi.38). No hay que olvidar, por otra parte, que Polibio tuvo ocasión de consultar personalmente la placa de bronce que Aníbal erigió en el templo del Lacíneo, cerca de Crotona, cf. Pol. iii.33.18. Los Galos se volcaron masivamente del lado de Aníbal (cf. Pol. iii.60.9-13. 66.7 y 67.1-9), pero el valor de su ayuda militar fue más que dudoso y debieron causar innumerables problemas (cf. Pol. iii.78.1-5 y Liv. xxii.1). De hecho, Aníbal se sirvió de los Galos como cebo de sus sorpresas tácticas, cfr. Pol. iii.74.9.11 (Trebis), 115.7-8.117.6 y Liv. xxii.46 (Cannae).

³⁵ Quitando los Galos ya mencionados en la nota anterior, el otro caso de ayuda aliada anterior a Cannae fue la entrega del depósito de intendencia de Clastidium a manos de Dasius, el prefecto de los aliados originario de Brundisio (Pol.iii.69.1; Liv. xxi.48.9-10).

³⁶ El peso terrestre de la campaña anibálica ha hecho que desgraciadamente se descuiden los estudios sobre las operaciones navales de la Segunda Guerra Púnica. Aún así, la supremacía romana es unánimemente aceptada, vid. J.H. Thiel, *A History of Roman Sea-power before the 2nd. Punic War* (Amsterdam, 1954) 135 y ss.

³⁷ Liv. xxiii.15.1-2: *Sub aduentum praetoris Romani [M. Claudio Marcelo, cf. MRR i, 248] Poenus agro Nolano excessit et ad mare proxime Neapolim descendit, cupidus maritimi oppidi potiundi, quo cursus nauibus tutus ex Africa esset; ceterum postquam Neapolim a praefecto Romano*

mostraban favorables a intentar el asalto de Cummae, a pesar de que las posibilidades estaban claramente en su contra.³⁸ Más o menos por esas fechas, y dentro del plan para obtener un puerto, Hanon lanzó su ataque contra las ciudades griegas del Sur. La operación fracasó en Regio, pero Locres abrió sus puertas, y los primeros refuerzos de Africa desembarcaron allí poco después.

Considero que la necesidad estratégica cartaginesa, olvidada al tratar de captura de Locres, es lo que explica algunos aspectos que de otro modo quedarían oscuros: el interés de los cartagineses por evitar la fuga de la guarnición romana, la inmediata retirada del asedio de Regio, y las favorables condiciones de paz que obtuvo Locres aún a pesar de las sospechas de traición: lo importante era que Bomílcar desembarcase de la forma más discreta y rápida posible los 4000 Númidas, los 40 elefantes, y el dinero que enviaba Cartago.³⁹

Crotona, famosa tiempo atrás entre las ciudades de la Magna Grecia como rival de la esplendida Síbaris, estaba en franca decadencia desde por los menos el tiempo de Pirro. Livio es tajante al respecto: en la época que nos interesa, los Crotoneneses sumaban apenas 2000 individuos, “incluyendo los muchachos y los ancianos”, y la ciudad que a comienzos del s. III ocupaba un área protegida por 12 millas de murallas, estaba semi-vacía: el río Esaro que antes partía la población casi por la mitad, ahora quedaba fuera del área edificada y bien lejos de la ciudadela.⁴⁰ El decaimiento de Crotona fue lo que trajo su infortunio en el 215.⁴¹ Los brucios habían esperado participar en el saqueo de Locres y Regio y quedaron francamente defraudados cuando los cartagineses se retiraron de ésta y dejaron libre aquella. Crotona, pensaban, con su bahía y sus magníficas defensas constituía un buen premio de consolación y —tras reunir 15.000 de sus jóvenes— se aprestaron al asalto.⁴²

teneri accepit— M. Iunius Silanus [cf. MRR i, 251 y véase el comentario de Weissenborn a este pasaje] *erat, ab ipsis Neapolitanis accitus— Neapoli quoque, sicut Nola, omissa petit Nuceriam.*

³⁸ Liv. xxiii.36.5-6: *...Auctores erant quidam ut protinus inde Cumas* [donde el cónsul Tib. Sempronio Graco se había refugiado después de su éxito contra los Campanios en Hammae, cf. De Sanctis, *Storia* iii.2.243] *duceret urbemque oppugnaret. Id quamquam haud modice Hannibal cupiebat, ut, quia Neapolim non potuerat, Cumas saltem maritimam urbem haberet....*

³⁹ Liv. xxiii.42.10. La fuerza que desembarcó Bomílcar no se detalla. Liv. xxiii.41.10: simplemente se dice que llegó *cum militibus ad supplementum Carthagine missis elephantisque et commeatu*, pero se debe referir a la ayuda votada en Cartago, cf. Liv. xxiii.13.7.

⁴⁰ Sobre la fama, vid. Pol. vii.1.1 y Schol. Theoc. iv.33); Población: Liv. xxiii.30.6: *Iisdem ferme diebus et Bruttiorum exercitus Crotonem, Graecorum urbem, circumsegit, opulentam quondam armis uirsque, tum iam adeo multis magnisque cladibus adflicta ut omnis aetatis minus duo milia ciuium superessent*; compárese con Diod. xiv. 103, del año 389/8 cf. Philipp, RE s.v. Kroton 2025.10-20; J. Bérard, *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité. L'histoire et la légende* (Paris,1957), 153-7 (cito por la ed. italiana, Turín, 19637). Murallas: Liv.xxiv.3.1-3; la ciudadela ocupa un promontorio sobre el mar (vid. Liv. xxiv.3.8) donde don Pedro de Toledo construyó en 1541 un castillo que aún se conserva, cf. P. Larizza, *Crotone nella Magna Grecia* (Reggio Calabria,1934), 10-14.

⁴¹ Sobre la cronología de los hechos, véase el Apéndice que acompaña este artículo.

⁴² Vid. Liv. xxiv.2.1-3. Crotona tiene un mediocre puerto, protegido por un promontorio, cf. Bérard, *La colonisation*, 158; el lugar era inútil como refugio en invierno, pero según Pol. x.1.6 (cf. Strab. xi.278), era el único que había entre Regio y Tarento. Posiblemente, los Brucios pensaban utilizar Crotona para capitalizar el tráfico de suministros que se iba a producirse entre Cartago y el sur

Primera sorpresa que trasluce del relato de Livio: los cartagineses no tenían gran interés en Crotona, y esto preocupaba de algún modo a los brucios: si daban a conocer sus intenciones, podía ocurrir que todo el esfuerzo fuera en balde si los púnicos, al final, “liberaban” Crotona. Pero como tampoco parecía propio actuar a espaldas de un aliado y los brucios se acabaron decidiendo por enviar una delegación a Aníbal para planterle el dilema; éste se quitó el asunto de encima remitiendo los embajadores a Hanon que, a su vez, tampoco dió una respuesta definitiva: “Crotona no ocupaba un lugar muy alto en la lista de prioridades cartaginesa o era considerada como un asunto propio de los brucios.”⁴³

Decadencia y una difícil situación externas constituyen sin duda el ambiente propicio en el que se desarrollan tensiones sociales. Y aquí entra de nuevo Livio: efectivamente, la población de Crotona estaba dividida en torno la actitud sobre los cartagineses y ecos de la discordia habían llegado a los brucios a través de un desertor crotonense que les informó que un líder popular, Aristómaco, estaba bien dispuesto hacia los cartagineses, y que, siendo el perímetro de la ciudad tan grande, había muchas zonas mal vigiladas o donde los miembros del “partido popular” no opondrían resistencia. Los brucios entraron fácilmente y ocuparon todo el lugar excepto la ciudadela, donde se habían refugiado los *optimates*. Segunda sorpresa: uno de los que huyó a la ciudadela, y recibió asilo en ella, fue el mismo Aristómaco, “porque” —explica Livio— él no pensaba entregar la ciudad a los brucios sino a los cartagineses”.⁴⁴ [88]

La ciudadela, bien dispuesta de antemano en previsión de algo semejante, tenía fama de inexpugnable, y sus ocupantes se sentían seguros, “a pesar de estar asediados tanto por los brucios como por su propio pueblo”.⁴⁵ Después de un tiempo de infructuoso asedio, los brucios pidieron ayuda a Hanon que propuso terminar con las hostilidades a cambio de que los brucios pudieran instalar una colonia en la parte desierta de la ciudad. Tercera sorpresa: nadie excepto el imprevisible Aristómaco, estaba dispuesto a aceptar el plan. Los crotonenses —resalta Livio— “preferían morir antes que mezclarse con los brucios, lo que seguramente les obligaría a adoptar divinidades, costumbres, leyes e incluso un lengua que no eran las suyas”.⁴⁶ Nadie estaba dispuesto a ceder en sus posturas (excepto el siempre sorprendente Aristómaco que, tras intentar convencer en vano a sus compañeros de sitio, abandonó la ciudadela), y sólo la mediación de los Locrenses consiguió finalmente que los Crotonenses abandonaran la ciudadela y marcharan a Locres (Liv. xxiv.3.14-15). Así terminó el conflicto.

Al menos en este caso, Livio parece haber acertado en su análisis. La invasión cartaginesa produjo en Crotona un conflicto interno en el que los bandos se formaron de acuerdo a la clase social. La división atrajó a los brucios, que ocuparon la ciudad con la connivencia de la *plebs*. Pero lo que no es tan claro es que se cumpla la segunda parte del

de Italia. Al final, Crotona fue el puerto de embarque de Aníbal cuando regreso a Africa, Liv. xxx.20.5-6.

⁴³ Cf. Liv. xxiv.2.4-8. Esta despreocupación de los cartagineses no deja de ser sorprendente considerando que aquí sí que había un partido pro-cartaginés y la posibilidad de vivir bajo tutela púnica no asustaba demasiado a los *optimates*.

⁴⁴ Liv. xxiv.2.8-11: *Eodem Aristomachus perfugit, tamquam Poenis, non Brutiis auctor urbis tradendae fuisset.*

⁴⁵ Liv. xxiv.3.9: *Ea tum arce satis ut uidebatur tuta Crotoniatum optimates tenebant se circumsedente cum Brutiis eos etiam plebe sua.*

⁴⁶ Liv. xxiv.3.12: *Morituros se adfirmabant citius quam immixti Brutiis in alienos ritus mores legesque ac mox linguam etiam uerteretur.*

análisis de Livio: ¿fueron sentimientos pro-romanos los que determinaron la actitud de los *optimates* crotonenses? Hay que descartar sin embargo tal posibilidad pues si la fidelidad a Roma hubiera sido una de las cuestiones debatidas, Livio —siempre tan sensible ante esos problemas—, lo hubiera ciertamente mencionado. Y aún es más notable que los crotonenses, preveyendo como preveían lo que sucedió, no solicitaran en ningún momento la ayuda de Roma: el relato no contiene indicios de que hubiera una guarnición romana en la ciudad y otra evidencia parece confirmar la idea.⁴⁷ Y si ambos datos no fueran suficiente para probar que los *optimates* crotonenses eran indiferentes a la cuestión de la lealtad a Roma o a Cartago, considérese de nuevo el papel notable jugado por Aristómaco. Este personaje es presentado por Livio como *princeps plebis* e incitador máximo de la entrada de los brucios; aún así, cuando los bárbaros se apoderan de la ciudad, él no sólo no buscó refugio junto a sus (pretendidos) enemigos, sino que —más sorprendente aún— es aceptado por ellos y su opinión considerada de cierto peso a la hora de tomar decisiones —no es el uso de Livio poner nombre a las opiniones de los “sin nombre”. Uno podría pensar que Aristómaco fue recibido por sus conciudadanos como la oveja descarriada que acaba de comprender la magnitud de su devario, pero el relato de Livio no deja la menor duda de que este singular personaje entró en la ciudad con sus claras simpatías pro-cartaginesas por delante y dejó el lugar sin haber modificado su postura (Liv. xxiv.3.11-13).

¿Cómo explicar entonces los sucesos de Crotona?. Livio tiene indudablemente la clave, aunque su interpretación sea equivocada. Repasemos los datos del problema: Crotona era un lugar en decadencia y casi deshabitado, los brucios tenían cierta apetencia sobre el lugar y fueron recibidos entusiastamente por una parte de la población, mientras que otra porción de los habitantes de Crotona se negó en redondo a mezclarse con los bárbaros y correr el riesgo de perder lengua, religión y cultura. El fenómeno no es nuevo y Heurgon ha estudiado el caso similar que convirtió Capua de colonia griega en ciudad itálica; el proceso estaba también en marcha en la Magna Grecia, sólo que aquí el advenimiento de Roma retrasó la absorción de las debilitadas ciudades de la Magna Grecia por brucios y lucanos.⁴⁸ Un historiador poco cuidadoso como Livio y más atento a las anécdotas que a los detalles importantes, pudo haber convertido el caso de Crotona, una ciudad sin valor estratégico para uno y otro bando, en episodio-clave de la Segunda Guerra Púnica.

Concluyendo. Creo que mi exposición ha dejado claro como tanto en Locres como en Crotona, el tratamiento liviano de los sucesos responde a planteamientos no-históricos y, a la vista de los dos casos estudiados, puede afirmarse que no fue común la causa que llevó a los griegos del Sur de Italia al lado de Cartago durante la Guerra Anibálica. En Locres, los cartagineses forzaron su entrada en la ciudad acuciados por la necesidad de encontrar un

⁴⁷ Cuando la primera embajada de Filipo de Macedonia desembarcó en Italia, los embajadores *uitantes portus Brundisinum Tarentinumque, quia custodiis nauium Romanorum tenebantur, ad Lacinae Iunonis templum in terram egressi sunt* (Liv. xxiii.33.4) y allí permaneció anclado el barco hasta que regresaron los embajadores (Liv. xxiii.34.2-3). El templo del Lacineo, el más famoso del Sur de Italia, estaba a poca distancia al Sur de Crotona, vid. Liv. xxiv.3.3 y cf. G. Sensi-Sensito, “Il santuario del Lacinio nella lege achea ed italiota”, *Misc. di studi storici* (Consenza, Univ. degli studi della Calabria) 2 (1982) 13-33.

⁴⁸ Para Capua, vid. J. Heurgon, *Recherches sur l'histoire, la religion et la civilisation de Capoue préromaine des origines à la deuxième guerre punique* (París, 1942), 80 y ss; para la Magna Grecia, cf. A.J. Toynbee, *Hannibal's Legacy*, 15-17.

puerto. Crotona, en cambio, fue presa de un conflicto provocado por su misma insignificancia y al que ni Cartago ni Roma parecen haber prestado demasiada atención. Y en ninguno de los dos casos, el componente “conflicto de clases” parece haber jugado un papel decisivo.

APÉNDICE: De elefantes y embajadores

Extraer del relato liviano una cronología precisa para los años 216-15 puede parecer a muchos *periculosae plenum opus aleae* y no les falta razón. Sin embargo creo que se puede proponer, con la ayuda de algunos elefantes y de los embajadores de Filipo de Macedonia ante Aníbal, una cronología de los sucesos tratados en este artículo que sea más clara que la ofrecida por el confuso discurso de Livio y más precisa que la dada por otros historiadores contemporáneos.

Livio menciona los acontecimientos de Locres y Crotona en tres pasajes diferentes: a) en xxii.61.11-12, en una lista de las ciudades y pueblos itálicos que se pasaron a Aníbal después de Cannae; b) en xxiii.30.1-11 (esp. 6-9) después de narrar acontecimientos sucedidos en Hispania en 216/15 y en medio del relato de la caída de Petelia (30.1-5) y de una breve noticia sobre la situación en Sicilia; y c) en xxiv.1-3, por extenso, situando el comienzo de las actividades cartaginesas en el área cuando Hanon regresó de Campania. Tanto en b) como en c), los sucesos de Locres y Crotona son presentados como consecutivos.

El pasaje a) es una simple reflexión sobre las consecuencias de la batalla de Cannae y carece de valor cronológico. El b), en cambio, está en un contexto que trasluce hechos del 216, mientras que el c) parece que debe de situarse en el 215. Desde el punto de vista de las fuentes, b) es un refrito hecho a partir del texto de Polibio (el pasaje sobre Petelia) y otra fuente no identificada; c) en cambio, parece ser polibiano con bastante seguridad (cf. De Sanctis, *Storia* iii.2 342-51). La disparidad de fuentes y fechas ha provocado que algunos historiadores se muestren escépticos sobre la posibilidad de recuperar la cronología de los sucesos de Locres y Crotona (Toynbee, *Hannibal's Legacy* ii, 17 nota 1), o que coloquen ambos acontecimientos consecutivamente (De Sanctis, *o.cit.* 665). Mi reconstrucción, por el contrario, sitúa la caída de Locres hacia el verano-otoño del 216, posiblemente contemporánea al comienzo del sitio de Petelia, mientras que el ataque de los brucios a Crotona debió de suceder al menos un año después, es decir, algo más tarde de que cayese Petelia. Siguen mis argumentos.

Inmediatamente después de la batalla de Cannae, Aníbal envió a Mago a Cartago a solicitar refuerzos; el viaje, sin embargo, fue retrasado un poco debido a que los brucios deseaban la alianza cartaginesa (Liv. xxiii.11.7). Cuando Mago partió definitivamente, su sucesor Hanon (cf. Liv. xxiv.2.6) atacó Regio y Locres (cf. Liv. xxiv.1.1; por lo que se verá a continuación este pasaje no puede referirse al 215), mientras que él mismo (App. *Hann.* 29) o Himilco, un lugarteniente de Aníbal (Liv. xxiii.30.1; cf. el comentario de De Sanctis, *Storia* iii.2 204 nota 13 sobre esta disparidad de nombres) puso sitio a Petelia (Pol. vii.1 apud Athen. xii.36; Frontin., *Strat.* iv.5.18; Val. Max. vi.6.*ext.*2; Sil.Ital.xii.431). Locres abrió sus puertas a los cartagineses no sin antes dejar escapar a la guarnición romana y cuando la partida púnica enviada a perseguirlos avistó a naves cruzando el estrecho en dirección a Regio, Hanon ordenó retirarse de esta localidad (Liv. xxiv.1.12-13). El espacio de tiempo transcurrido entre Cannae (2 de Agosto del 216, cf. Aul. Gell. V.17.5; Macrobi. i.16.26) y la firma del tratado entre Locres y los cartagineses no puede ser determinada con exactitud pero nótese que los

miembros de la primera embajada macedonia a Aníbal (Liv. xxiii.33.1-5) desembarcaron en el Lacíneo para evitar la vigilancia naval romana; tales movimientos hubieran inútiles si Locres fuera ya en ese momento un puerto amigo. Algo después de esto, pero probablemente ya en el 215, Bomílcar desembarcó en Locres los refuerzos solicitados por Mago y gustosamente enviados por Cartago (Liv. xxiii.42.10; cf. xxiii.13.7; ésto difícilmente pudo haber ocurrido mientras L. Atilius y sus hombres estaban todavía de guarnición en la ciudad, Liv. xxiv.1.9). Cuando Appius Claudius trató de cortar el paso a Bomílcar y llegó a Locres, los habitantes de esta ciudad le cerraron el paso, mientras Bomílcar se dirigía a buscar a Hanon y una vez juntos se encaminaron hacia Campania para auxiliar a Aníbal, al que encontraron asediando Nola (cf. Liv.xxiii.43.6); parte de esos refuerzos —al menos los elefantes—, fueron empleados en el sitio de Casilino (cf. Liv. xxiii.18.6): el último elefante superviviente de los que habían cruzado los Alpes fue cabalgado por Aníbal en el cruce de las marismas aretinas (Liv. xxii. 2.10), y como no hay noticias de ninguno de estos animales fuera empleados en Trasímeno [91] o en Cannae, las bestias usadas en Casilino deben de ser algunas de las desembarcadas en Locres y esto significa que Bomílcar estaba al lado de Aníbal en la primavera del 215.

La cronología de los sucesos de Crotona es relativamente más sencilla. Los motivos de los brucios para hacerse con la ciudad (Liv. xxiv.2.1) y la misma mediación de los Locrenses en el desenlace de la cuestión (Liv. xxiv.3.15) prueban que los acontecimientos de Crotona sucedieron después que los de Locres. Pero determinar el tiempo transcurrido entre uno y otro hecho es ya harina de otro costal. La única indicación válida a estos efectos es Liv. xxiii.30. 5-6 que dice que los brucios atacaron Crotona más o menos por las fechas en que se se terminaba el sitio de Petelia: como éste no pudo empezar sino después de Cannae y duró 11 meses (Pol. vii.1 apud Athen. xii.36), los problemas en Crotona pudieron empezar hacía fines del verano del 215, lo que permite margen suficiente a los brucios para reclutar sus soldados y negociar con Aníbal, y que Hanon hubiera regresado de Nola (cf. Liv. xxiv.2.2-7; la sugestión de Toynbee, *Hannibal's Legacy* ii.17 nota 17, me parece inútil desde el momento en que Crotona nunca fue una plaza bien defendida).